

LA DUDA, EL RELATIVISMO Y LA VERDAD

La duda se ha hecho hoy espesa y habitual en el campo eclesial por la equívoca interpretación del llamado "pluralismo" y por el olvido de que la libertad quiere la vocación de verdad y no es una arbitraria licencia para caminar a ciegas y por impulsos personales.

«Nos damos cuenta que nuestro campo eclesial está marcado en diversos puntos por incertidumbres acerca del propio ser y del propio destino: pensad en la frecuencia y la insistencia con que se propone una cuestión insólita, la de la propia identidad. La duda ha llegado a ser una niebla espesa que no deja ver claramente ni dentro ni fuera de la propia conciencia, ni siquiera en quien debería tener por herencia de educación y por carisma propio de su estado en la Iglesia de Dios, la visión limpia de su ser cristiano y de su deber de fidelidad. La duda se ha hecho además espesa y habitual por la equívoca interpretación de hoy se da del así llamado «pluralismo», como si esta fórmula autorizase la incertidumbre sobre las verdades y sobre las doctrinas que no la admiten por ser verdades y doctrinas garantizadas por la inviolable defensa de la fe y del magisterio autorizado de la Iglesia. La libertad no se ha empleado siempre según su vocación a la verdad y a la elección amorosa del querer divino (cf. 2 Cor. 3, 17) sino como una arbitraria licencia de caminar a ciegas, según impulsos, instintos o intereses personales, hasta perderse, también en el campo religioso, en ese libre examen que disuelve la unidad de la fe y debilita la energía del amor cristiano.»

PAULO VI: Catequesis en la audiencia general del miércoles, 13 de octubre de 1976; *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año VII, núm. 407, domingo 17 de octubre de 1976.

La actual "crisis de identidad".

«Parece, en efecto, que cierto estado de incertidumbre, una incertidumbre interior, una incertidumbre sobre la misma definición personal propia, impide una fácil y confiada aceptación del plan espiritual del Año Santo. ¿Cómo clasificar esta incertidumbre? Cada uno puede intentar un análisis propio y formular de sí el propio diagnóstico interior. Nos, nos limitamos a la alusión de un fenómeno, hoy bastante difundido, que da un título a esta incertidumbre: lo llamamos «crisis de identidad». ¿Qué queremos decir?; queremos decir

"que con frecuencia, este análisis subjetivo sobre la propia existencia
"desemboca en el vacío, es decir, en una duda. Y la duda, cuando no
"es simplemente metódica e hipotética, es decir, un medio de bús-
"queda y de proceso cogitativo, sino una contestación interior, pesi-
"mista, de la propia certeza habitual, se puede convertir en voráGINE
"que sacude y devora la fortaleza de la propia mentalidad ordinaria.
"La duda, en este caso, en lugar de llevar a la exploración de la ver-
"dad, conduce a la oscuridad espiritual, a la tristeza, al hastío, a la
"audacia iconoclasta contra la propia personalidad misma.»

«... en orden a lo que ahora nos interesa, recordaremos que es
"contrario al espíritu del catolicismo, al reino de Dios, detenerse en la
"duda y en la incertidumbre sobre la doctrina de la fe, la cual invita,
"ciertamente, a un estudio continuo y progresivo, pero partiendo de
"algunas verdades seguras para llegar a otras verdades, que son su
"profundización y su gozo.»

«Es necesario superar la crisis sobre la propia identidad. ¿Quién
"soy yo? Y para responder a esta pregunta radical viene en nuestra
"ayuda la doctrina de la gracia. Cada uno puede decir: yo soy hijo de
"Dios, yo soy un «cristiano», yo soy un templo del Espíritu Santo,
"yo soy un miembro de la Iglesia; soy un pobre hombre de la Tierra,
"pero en ruta hacia el cielo... Más aún, soy un ser, una persona, un
"«santo», sobre el que se ha grabado un carácter sacramental inde-
"leble, que, con el bautismo, con la confirmación y —si he tenido la
"inmensa suerte de ello— con el orden sagrado, he sido adornado
"con el sacerdocio de Cristo (cfr. St. Thomas, III, 63, 3); y, si
"posteriormente un vínculo especial, el voto, me ha comprometido
"decididamente a su seguimiento, veo penetrada mi vida, mi persona-
"lidad, por coeficientes perfectivos, de los cuales no está permitido
"dudar, y de los cuales no es ya posible apartarse, sin violencia para
"con mi ser natural y sobrenatural.

"«Una vez éramos tinieblas —sigue diciendo San Pablo—, pero
"ahora somos luz en el Señor: adelante, caminaad como hijos de la
"luz» (Efes., 5, 8).»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general
del miércoles 13 de noviembre de 1974 (original
italiano «O. R.», 14-11-74; traducción de Ecclesia
núm. 1.718 del sábado 30 de noviembre).

Peligro del relativismo.

«Es preciso que observemos y que conozcamos la vida moderna.
"Se trata de un nuevo deber que nos hace salir de la rutina (no que-
"remos decir de la tradición), del empirismo, del formalismo con-

"suetudinario. Tenemos que llegar a ser mejores conocedores de las
"almas, de los espíritus de nuestro tiempo. Existe el peligro de que
"esta observación prevalezca sobre la norma de la fe y de la ley de
"Dios. Hoy el relativismo constituye una gran tentación.»

PAULO VI: Alocución a la conferencia Episcopal
italiana, traducción de *Ecclesia* número 1.550 del
17 de julio de 1971.

El vacío de la duda y la necesidad de una certeza vital de una verdad verdadera.

«Nada es verdad, nos dicen, nada resiste a la prueba crítica de
"nuestro pensamiento de gente nueva, y libre de las convenciones
"tradicionales del ambiente; todo es ficticio, todo carece de verdad
"intrínseca; hoy se vive de hábitos mentales heredados, que ya no
"tienen la suficiente razón de ser; se querría lanzar todo por los aires;
"se experimenta el vértigo de la revolución, de la anarquía, la fasci-
"nación de la negación, de la nada. Se respira la desconfianza, si
"bien empíricamente se vive de intensidad, en el estudio, en el tra-
"bajo, en la experiencia del mundo exterior, y en la búsqueda inte-
"rior de una plenitud, de una certidumbre, aun provisional y prag-
"mática, que en realidad no se consigue si no es creando otras pseu-
"doverdades.

«¿La vida, pues, está vacía? ¿No vale para nada en realidad?
"también la religión, también la fe, ¿cómo se sostienen? En este pun-
"to la difícil cuestión se convierte en decisiva: quien es arrastrado por
"este escepticismo desbordante advierte que éste es el último baluarte,
"y que el problema religioso es fundamental en la búsqueda de un
"concepto orgánico y global de la vida, especialmente si por religión
"se entiende la religión cristiana, la religión católica, que justamente
"se cualifica por su afirmación de ser la verdadera, aquella a la que
"corresponde objetivamente la Realidad, subjetivamente la Salvación.

«No; es imposible, nos confía o nos grita nuestro querido inter-
"locutor; yo, afirma, no tengo fe.

«Como quiera que se pronuncie esta conclusión, se sabe que hoy
"circula bajo esta genérica y gravísima etiqueta: crisis de fe.»

«El problema capital de la verdad permanece y los tortura se-
"cretamente, incitándolos a comenzar nuevamente la búsqueda insomne.
"Y en lo que concierne a la fe presenta soluciones extrañas: la
"aceptación ciega, el fideísmo, por una propensión nativa a abando-
"narse al sentimiento religioso, o bien la desmitización, es decir, el
"despojo de todo cuanto de concreto, de histórico, de exterior, de
"autoritario puede estar revestida la fe religiosa, en la ilusión de que
"esta purificación, es decir, de que esta operación negativa basta

"para satisfacer la aspiración a una fe auténtica y esencial; o bien
"una prudente vuelta al ordenamiento religioso tradicional, con tal
"de que esté enmarcado en un ambiente teológico determinado y
"moderno. Y sucede que en los umbrales de este ingreso en el reino
"de la fe se necesita una llave, no siempre disponible, se necesita
"una «gracia», la gracia de la fe, porque la fe, todavía antes de ser
"virtud en su ejercicio afortunado, es gracia, es don, es efusión mis-
"teriosa del Espíritu Santo, que la hace aceptable y posible.

»Aquí nuestro interlocutor puede sentirse extraviado. Más todavía,
"convencido de tener razón en haber padecido una crisis de fe, de
"haber perdido la fe. Si así es, siente la tentación de decir, la fe
"hoy es imposible: pertenece a un reino del Espíritu, donde el hom-
"bre moderno no puede y no quiere llegar.

»Y sin embargo, justamente aquí, en la orilla del abismo entre
"el conocimiento natural y el misterio de la revelación sobrenatural,
"aquí puede estar fijada la cita para el encuentro del Dios vivo de
"la fe.»

«El hombre advierte, más que nunca, tras el caminar extenuante
"a través de las experiencias espirituales de nuestra época, la nece-
"sidad —sí, la necesidad— de una solución positiva, de una certeza
"vital, de una verdad verdadera.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general
del 5 de enero 1972; traducción de Ecclesia núm.
1.575 del 15 de enero.

Verdad y caridad.

«Verdad y caridad: el binomio es sencillo, pero psicológica y social-
"mente no es fácil; de cualquier modo, incluye y representa aquellas
"virtudes fundamentales que definen socialmente al hombre ideal, es
"decir, al cristiano, y en el grado más perfecto, al santo. Estas dos
"actitudes morales parecen evidentemente complementarias, es decir,
"hechas para integrar mutuamente en el orden de la convivencia
"humana; y así es, según la exigencia superior de la unidad moral,
"propia del hombre perfecto; pero, en la experiencia de la vida
"real debemos poner de relieve que frecuentemente la profesión
"social de una verdad particular lleva a la intransigencia y la intole-
"rancia (cf. A. Vermeersch, s. j., La tolérance, 1912); y que la pro-
"fesión social de una filantropía agnóstica supone una indiferencia
"ideológica que con frecuencia la hace poco practicable y no siempre
"realmente generosa y fiel. Es difícil profesar una opinión que se
"considera expresión de verdad y mostrarse comprensivos e indul-
"gentes hacia quien no condive la misma adhesión a dicha menta-

"lidad; como es igualmente difícil mostrar verdadero amor al pró-
"jimo si se prescinde de principios ideales que lo hagan digno de
"una sincera abnegación y de un duro servicio. En otras palabras, en
"las relaciones humanas la fe sin caridad puede hacerse egoísta; y la
"caridad, sin la fe, puede carecer de motivaciones que la hagan perse-
"verante y heroica.»

«Como se ve, la síntesis entre verdad y caridad toca aspectos de la
"vida muy importantes, que pueden cambiarla, como no raras veces
"ocurre en la realidad histórica, en antítesis.»

«... adhesión a la verdad, que merece siempre el homenaje y, si
"fuera necesario, incluso el sacrificio de nuestra existencia para pro-
"fesarla, difundirla y defenderla; y al mismo tiempo, adhesión a la
"caridad, maestra de libertad, de bondad, de paciencia, de abnegación,
"en todas nuestras relaciones con los hombres a quienes el Evangelio
"atribuye el nombre de hermanos.»

PAULO VI: Catequesis en la audiencia general
del miércoles 18 de febrero de 1976, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua espa-
ñola, año VIII, núm. 8 (373), 22 de febrero de
1976.